



X

Una taza de té oportuna

MIENTRAS nosotros, los artilleros, estábamos ocupados con los cañones disponiendo su colocación, así como la de los carros y cajas de municiones, la infantería había ya colocado los fusiles en pabellón, encendido hogueras, amontonado ramas de árboles, paja de maíz y preparado el rancho.

Comenzaba á oscurecer. Nubes de un blanco azulado corrían por el cielo. La niebla, que se transformaba en vapor húmedo, se enfriaba mojando los capotes de los soldados; el horizonte se hacía más estrecho y los alrededores adquirían un tinte oscuro. La humedad que penetraba por mis botas me enfriaba todo el cuerpo y tras el anterior incesante movimiento, la conversación, en la cual yo no intervenía, el fango espeso donde se hundían los pies y el estómago vacío tras un día de cansancio físico y moral, pusiéronme en la más negra situación de ánimo. Valentchuk no salía de mi cabeza. La sencilla historia de toda su vida de soldado presentábase á mi imaginación con dudosa oportunidad. Sus últimos momentos fueron luminosos y tan puros como toda su vida. Vivió con excesiva honradez y demasiado simplemente para que su fe inmensa en una vida celestial futura pudiera quebrarse en el momento crítico.

—Señor,—díjome Nikolaiev aproximándose.—Venid á la tienda del capitán. Os invita á tomar el té.

Siguiendo á Nikolaiev, aunque con mucha dificultad, pasé por entre los haces de leña y las hogueras y llegué á la tienda de Bolkhov, pensando con regocijo en el vaso de té caliente y alegre conversación que disiparían mis negros pensamientos.

—Qué, le has encontrado?—oí que decía la voz de Bolkhov desde el fondo de su choza construída de maíz y dentro de la cual brillaba una luz.

—Sí, aquí traigo al señor,—dijo Nikolaiev en voz baja.

Bolkhov estaba sentado en la choza, sobre *burka* seca, des-



abrochado y sin gorro. Cerca de él brillaba el samovar y algunas flores adornaban un tambor.

La bayoneta, en el mango de la cual ardía una bujía, estaba clavada en tierra.

—Qué os parece?—dijo con aire de satisfacción dirigiendo una mirada sobre su instalación íntima.

En efecto, se estaba tan bien cerca del fuego, que olvidé por

completo la humedad, la oscuridad y la herida de Valentchuk. Hablamos de Moscova y de cosas que por ningún lado tenían relación con la guerra ni con el Cáucaso.

Después de un momento de silencio, que siempre se produce alguno hasta en la conversación más animada, Bolkhov me miró y dejó escapar una sonrisa.

—Me parece que la conversación de esta mañana os ha extrañado muchísimo,—dijo.

—No. Por qué? Solamente os he hallado muy franco. Hay cosas que todos sabemos, pero que nunca deben decirse.

—Por qué? Si hubiera alguna posibilidad de cambiar esta vida por la más pobre é insulsa vida, pero exenta de peligros y de servicio, no repararía en cambiarla...

—Qué, no iríais á servir á Rusia?—dije.

—Por qué?—repitió.—Lo tengo pensado desde hace tiempo. No puedo volver á Rusia sin tener antes las cruces de Ana y Valdimiro; la condecoración de Ana alrededor del cuello y el grado de Mayor... Lo tengo proyectado así desde que vine.

—Pero... Si, como habéis dicho, os sentís incapaz de continuar aquí vuestro servicio...

—Sí, desde que estoy aquí me es todavía más imposible volver á Rusia! Esa es otra de las tradiciones de nuestro país y que Passek, Glietsov y otros han confirmado; hay que estar en el Cáucaso y haber adquirido grandes distinciones. Todos esperan y hasta exigen eso de nosotros. Y yo estoy aquí desde hace dos años; he tomado parte en dos expediciones y todavía no he conseguido nada. Pero poseo un amor propio tan grande, que por nada del mundo saldré de aquí sin haber conseguido antes el grado de Mayor y la cruz de Valdimiro y sin ostentar en el cuello la de Santa Ana. De tal manera estoy aferrado á ello, que me siento humillado cuando veo que dan una recompensa á un Gunilkichkin sin que se acuerden de mí. Por otra parte, cómo he de presentarme en Rusia ante mi *starosta* (1), el negociante Kotelnikov á quien vendo trigo, ante mi tía de Moscova y, en una palabra, ante todos mis amigos, si después de dos años de estar en el Cáucaso vuelvo sin ninguna recompensa? Ciertamente que todos esos amigos me disgustan y que probablemente se preocupan poco de mí, pero el hombre está así hecho; no quiero humillarme ante ellos y por su culpa voy perdiendo mi mejor edad, el bienestar de mi vida, todo mi porvenir.

(1) El jefe de la población.

XI

Reunión y charla de oficiales

EN aquel momento se oyó fuera la voz del jefe del batallón. «Con quién estáis, Nikolaiev Fedorovitch?» Bolkhov dió mi nombre. Inmediatamente entraron en la choza tres oficiales: El mayor Kirsanov, un ayudante de campo y el jefe de la novena compañía Trocenko.

Kirsanov no era muy alto, grueso, de pequeño bigote negro, de cara roja, ojos pequeños, pero muy expresivos; los ojos eran lo más llamativo de su fisonomía. Cuando reía no mostraba más que unas estrellitas humedecidas, y esas estrellitas, con los labios y el cuello bastante gruesos, adquirían á lo mejor una expresión extraña y sorprendente.

En el regimiento, Kirsanov conducíase y se portaba mejor que sus compañeros. No le injuriaban sus subordinados y los jefes le querían, aunque según la opinión general no era muy inteligente. Conocía bien el servicio, era exacto y celoso, disponía siempre de dinero, coche, cocinero y sabía con mucha naturalidad fingir una bravura que no tenía.

—De qué hablabais, Nikolaiev Fedorovitch?—dijo al entrar.

—De nada; de lo agradable que resulta el servicio en el Cáucaso.

En este momento me vió Kirsanov, y como yo era alférez, pre-

guntó, mirando al tambor, como si no hubiera oído la respuesta de Bolkhov, á fin de demostrarme su superioridad.

—Qué, estáis muy cansado, Nikolai Fedorovitch?

—No; nosotros...—quiso decir Bolkhov, pero la dignidad de jefe del batallón exigía sin duda una nueva interrupción y aun otra pregunta.

—Es buen cuento el de hoy?

El ayudante del batallón era un teniente muy joven que hacía poco era aun alférez; un muchacho modesto y agradable, de aspecto tímido, inteligente y dulce. Habíale yo encontrado antes en casa de Bolkhov; el joven era tal que entraba, saludaba, é iba á sentarse en un rincón donde se estaba callado durante muchas horas. Hacía algunos pitillos, los fumaba y luego, puesto en pie, saludaba y ganaba la puerta. Era el tipo de los pobres gentiles hombres rusos que eligen la carrera militar como la única compatible con su instrucción y creen que es la más elevada distinción del mundo un grado de oficial. Un tipo inteligente y simpático, no obstante su manera de ser singularmente ridícula; tenía la costumbre de llevar consigo un cepillito para los bigotes, y con el cepillo en la mano teníamos por costumbre representárnoslo. En el regimiento se contaba que él, que se las echaba de justo, era muy severo para con su cepillo, y decía: «Yo castigo poco; pero cuando me obligan á ello soy muy duro». Una vez que su ordenanza, estando borracho, le robó y hasta le injurió gravemente, el teniente lo llevó á la prevención y ordenó que instruyesen sumaria para castigarle; pero al ver los preparativos quedó tan confuso que no le pudo decir sino «Bueno, ves? ahora podría...» y todo azorado se marchó á su casa. Desde este momento tuvo miedo de mirar de frente al ordenanza.

Sus compañeros no le dejaban tranquilo, asediándole con ese cuento y hasta he oído al astuto muchacho defenderse más de una vez, enrojecido hasta las orejas, y afirmar que sus acusaciones eran falsas.

El tercero, el capitán Trocenko, caucasiano, era un viejo en toda la extensión de la palabra. Para éste la compañía que mandaba era su familia; la patria, el castillo donde se encerraba de guarnición, y los coristas el único placer de su vida; era hombre á quien todo aquello que no fuese caucasiano merecía desprecio, y además lo del Cáucaso dividíalo en dos partes: lo nuestro y lo que no pertenecía á nosotros. Adoraba lo primero y menospreciaba lo segundo con todas las fuerzas de su alma. Por fin, y ante todo, era hombre de valor constante, tranquilo, extraordinariamente bueno para con

sus compañeros é inferiores, excesivamente recto y un tanto audaz para con los ayudantes y gente *chic*, que detestaba sin saber por qué. Al entrar en la choza, creí que iba á levantar el techo con la cabeza, pero se inclinó y sentóse en tierra.

—Qué hay?—dijo, y echando una rápida mirada en mi fisonomía para él desconocida, se interrumpió.

—De qué hablabais?—preguntó el Mayor sacando el reloj del bolsillo y mirando la hora, no sin estar plenamente convencido de que no tenía necesidad de ello.

—Me preguntaba por qué estoy aquí.

—Sin duda, Nikolai Fedorovitch quiere distinguirse mucho, para volverse pronto á su casa.

—Y vos, Abraham Ilitch, decidnos á qué obedece que sirváis en el Cáucaso.

—Pues, primeramente, porque, como vos sabéis, todos estamos obligados á servir aquí. Qué cómo es eso?... Ayer recibí una carta de Rusia, Nikolai Fedorovitch,—continuó con manifiestos deseos de cambiar de conversación;—y me decían... Hacíanme preguntas tan extrañas...

—Qué preguntas eran?—preguntó Bolkhov.

Su interlocutor sonrióse.

—Preguntas muy particulares... Por ejemplo, se me preguntaba si puede haber celos sin amor. Qué os parece?—dijo volviendo la vista entorno suyo.

—Muy bien!—repuso Bolkhov sonriendo.

—Sí, en Rusia se puede servir,—continuó como si sus palabras se sucediesen naturalmente una á otra.—Estando yo en Tombov, hacia el año 52, recibíanme en todas partes como ayudante de campo del Emperador. Lo creeríais? Una vez que fui á un baile que daba en su casa el gobernador de la provincia entonces... pues, me recibieron muy bien. La esposa del gobernador me hablaba con mucho cariño, preguntándome por el Cáucaso; todos hacían lo mismo... Yo no sabía... Contemplaban mi sable dorado con una curiosidad... Me preguntaban por qué tenía el sable, por qué la cruz de Ana, por qué la de Valdimiro y yo se lo explicaba todo... He ahí para lo que sirve el Cáucaso, Nikolai Fedorovitch,—añadió sin esperar que nadie le contestase.—Allá quieren mucho á nuestros compañeros de aquí. Un joven oficial de Estado Mayor con sus condecoraciones de Ana y de Valdimiro, es muy bien visto en Rusia. No os parece?

—Exajeráis un poco, Abraham Ilitch,—dijo Bolkhov.

—Ah! Es preciso, sabéis?—repuso cómo distraído.—Y durante aquellos dos meses comí muy bien.

—Se está bien en Rusia?—preguntó Trocenko como si se refiriera á la China ó al Japón.

—Sí. Y cuánto *champagne* bebimos en esos dos meses! Es espantoso.

—Tomaríais también limonada. Si fuese yo allá verían cómo beben los caucasianos. Nuestra reputación quedaría bien sentada... Verdad, Bolkhov?—añadió.

—Sí, pero tú llevas ya diez años en el Cáucaso,—dijo Bolkhov.

—Y no olvides lo que dice Ermolov. Abraham Ilitch, yo hace nada más que seis...

—Cómo seis! Diez y seis, bien pronto.

—Bolkhov, haz que nos traigan el *brevaje*. Qué humedad! eh?

—añadió sonriendo.—Mayor, bebamos algo.

Pero el Mayor estaba descontento al ver que el capitán no le

había dirigido la palabra todavía, y refunfuñando pedía socorro á su propia dignidad. Tarareó una canción y miró nuevamente el reloj.

—Yo no iré nunca,

—dijo Trocenko sin reparar en que el Mayor fruncía el ceño.

—Ya he perdido la costumbre de pensar y hasta de hablar de Rusia. Preguntarían: Quién es ese monstruo que ha llegado como quien dice de Asia? Verdad, Nikolai Fedorovitch? Y qué puede significar Rusia para mí? Qué

importa si el día menos pensado me matan? Preguntarán: dónde está Trocenko? Pues, le han muerto. Y entonces, qué haríais con la novena compañía?—preguntó dirigiéndose siempre al Mayor.

—Enviad la orden de servicio al batallón,—dijo Kirsanov, sin



contestar al capitán, no obstante saber él mismo que no tenía que dar orden alguna.

—Me parece que estáis muy contento, joven, desde que percibís doble salario,—dijo el Mayor tras algunos minutos de silencio, dirigiéndose al ayudante del batallón.

—En verdad, lo estoy.

—Encuentro que nuestros sueldos son excesivos, Nikolai Fedorovitch,—continuó.—Un joven puede vivir muy bien permitiéndose aun ciertos excesos...

—No, en verdad, Abram Ilitch,—dijo tímidamente el ayudante.

—Aunque la paga es crecida, debemos también tener un caballo.

—Qué me contáis, joven? He sido subteniente y sé que con orden se puede pasar admirablemente. Hagamos la cuenta,—dijo cerrando el meñique de la mano izquierda.

—Cobramos adelantado y esa es la causa de nuestros apuros—dijo Trocenko apurando una copa de aguardiente.

—Qué tenéis que añadir?

—Yo!...

En la puerta de la cabaña se asomó una cabeza blanca y nariz achatada, mientras una voz dura pronunciaba con marcado acento alemán:

—Estáis ahí, Abram Ilitch? El oficial de servicio os busca!

—Adelante, Kraff,—dijo Bolkhov.

Y penetró en la estancia un hombre alto con uniforme de Estado Mayor, que con mucha atención se puso á dar la mano á los concurrentes.

—Ah! Querido capitán, también vos?—dijo refiriéndose á Trocenko.

El nuevo huésped, á pesar de la oscuridad, llegóse hasta él y me pareció que, con gran extrañeza y descontento del capitán, lo besaba en los labios.

«Es un alemán que promete ser buen compañero», pensé.



XII

La toma de las trincheras

MI sospechas quedaron bien pronto confirmadas. El capitán Kraff pidió aguardiente, al que llamó *gorilka* (1). Tosió fuertemente y echó atrás la cabeza al apurar el vaso.

—Con que nos ha tocado hoy correr por los campos de la gran Thetchnia?—dijo. Pero al ver al oficial de servicio se calló, para dejar al Mayor que diera la orden.

—Habéis recorrido la línea?

—Sí, señor.

—La contraseña está dada?

—Sí.

—Entonces os encargo que recomendéis á los jefes de las compañías la mayor prudencia.

—Está bien.

El Mayor bajó los ojos y permaneció pensativo.

—Decid á los soldados que preparen el rancho.

—Está cociendo.

—Bien, podéis retiraros.

—Vamos ahora á calcular las necesidades de un oficial,—prosiguió el Mayor dirigiéndose á nosotros con una sonrisa indulgente.

—Veamos...

(1) Diminutivo que en Rusia se aplica al aguardiente.

—Necesita guerrera y pantalón... no es cierto?

—Sí.

—Para ello pongamos cincuenta rublos en dos años, esto es, veinticinco rublos al año para el uniforme. Luego, para comer basta con dos *abas* (1) por día... Verdad?

—Sí, y hasta es mucho.

—No importa. Ahora, para el caballo, equipo y reparaciones treinta rublos. Y eso es todo. Veinticinco, ciento veinte y treinta, total: ciento setenta y cinco. Quedan para lujos, té, azúcar y tabaco, unos veinte rublos. Ya veis... Justo, Nikolai Fedorovitch.

—No, permitidme, Abram Ilitch,—objetó tímidamente el ayudante.—No quedará nada para té y azúcar. Ponéis unos pantalones en dos años, pero aquí en el campo no hay bastante con dos pantalones; y en cuanto á botas, yo gasto un par al mes. Luego sábanas, camisas, toallas, calcetines; todo eso es necesario y si se incluye en la cuenta no queda nada. Es exacto.

—Sí, es bueno llevar calcetines,—dijo Kraff después de unos momentos de silencio, y recalando bien la palabra «calcetines» al pronunciarla.—Es muy sencilla la vida rusa!

—Diré yo,—intervino Trocenko,—que de cualquier punto de vista desde el cual se hagan los cálculos, encontraremos siempre que el militar ha de quedarse con los dientes acerados; porque en realidad todos bebemos té, aguardiente, fumamos y queremos llevar buena vida. Cuando se lleva en el servicio tanto tiempo como yo llevo,—continuó dirigiéndose al teniente,—se aprende á vivir. Sabéis lo que hace éste con su cepillo?

Y Trocenko, soltando la risa, nos contó la historia del subteniente con su cepillo famoso, no obstante haberla oído mil veces.

—Por qué tomas el color de la amapola?—continuó dirigiéndose al subteniente que, todo sonrojado, sonreía con una cara que daba pena.—Eso no le hace, querido; también yo he sido como tú y ahora soy un valiente. Traedme no importa qué muchacho de Rusia y sentirá pasmos, reumatismos... y yo estoy aquí asentado, aquí habito, aquí duermo y aquí vivo.

Tras estas palabras apuró un vaso de aguardiente.

—Qué tal?—añadió mirando con fijeza á Kraff.

—Muy bien; yo os respeto. Es propio de un verdadero caucasiáno. Dadme la mano,—y Kraff, abriéndose paso por en medio de nosotros, llegó hasta Trocenko y cogiéndole la mano se la sacudió con una expresión particular, no acostumbrada.

(1) Moneda persa equivalente á 0'55.

—Sí, podemos asegurar que todos hemos pasado por ello,—continuó.—El año 45... Estabais allí, capitán, recordad la noche del 12 al 13, metidos en un lodazal con barro hasta la rodilla... al siguiente día fuimos á las trincheras. Estaba yo con el general en jefe y tomamos quince trincheras en un solo día. Os acordáis, capitán?

Trocenko hizo un gesto afirmativo y alargando un poco el labio inferior, cerró los ojos.

—Ya veis...—prosiguió Kraff dirigiéndose al Mayor profundamente emocionado y haciendo gestos intempestivos.

Pero el Mayor, que seguramente había oído mil veces la misma historia, miró á su interlocutor con aire tan indiferente que Kraff se volvió á nosotros mirándonos de arriba abajo. En adelante, ya no volvió á dirigir su vista á Trocenko.

—Cuando estábamos ya dispuestos á salir por la mañana, el general en jefe me dijo: «Kraff, hay que tomar más trincheras». Ya conocéis lo que es el servicio: obedecer sin discusión con la mano en la visera. «Está bien, Excelencia» y me marché. Al aproximarnos á la primera trinchera me volví y dije á los soldados: «Hijos míos, adelante, no tengáis miedo! Mirad siempre adelante! Yo mismo esgrimiré el sable contra los que se queden atrás!» A los soldados rusos hay que hablarles así, simple y duramente. De pronto una granada... Cae un soldado, otro, un tercero, luego cruzan el aire balas en todas direcciones. «Soldados, adelante, seguidme!» dije. Con esto nos acercamos y vi... cómo se llama...

Y movía la mano como buscando la palabra.

—Un camino pedregoso,—repuso Bolkhov.

—No... Cómo se llama?... Dios!... Ah, sí!—dijo rápidamente.—Un camino pedregoso. «Paso de carga... Hurra!...» Ni un solo enemigo. Quedamos admirados. Muy bien! Y marchamos adelante hacia la segunda trinchera. Aquello era otra cosa. El corazón nos latía fuertemente. Nos vamos acercando y vemos ya la segunda trinchera. No se podía avanzar. Aquí... Diablo, cómo se llama!... cómo es eso... cómo...

—Otro pedregal,—dije.

—No hombre, no,—repuso enfadado.—Cómo le llaman á eso...

—Y con la mano hizo un gesto vago.—Dios! Cómo es?

Parecía tan atormentado que excitaba el deseo de apuntarle.

—Sería un río?—dijo Bolkhov.

—No, un simple pedregal. Pero en cuanto llegamos, podéis creerlo, un fuego horroroso, un infierno...

En aquel momento llamaron por la parte trasera de la cabaña; era Maximov. Como después de echarme al colete esa variada his-

toria de las dos trincheras, me quedaban todavía trece, aproveché la ocasión para volverme á mi sección. Trocenko salió conmigo. «No dice una palabra de verdad, no estuvo nunca en esas trincheras».

Y Trocenko se echó á reír con tan buena gana como yo mismo.



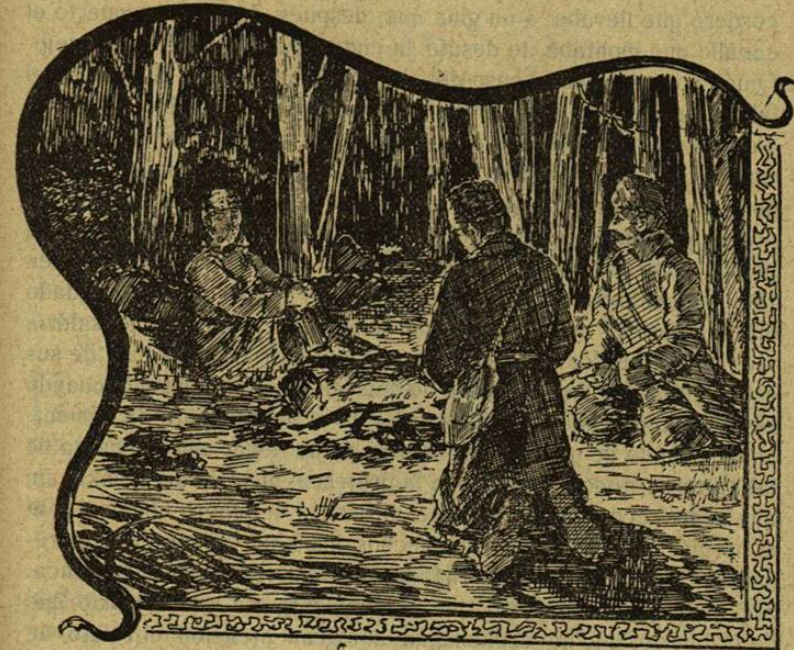
XIII

El verdadero soldado de Rusia

COMENZABA á oscurecer y sólo las hogueras iluminaban el campo, cuando terminada la faena me aproximé á los soldados. Una gran tea que ardía sin llama yacía bajo los carbones. Al rededor de la hoguera tres hombres solamente permanecían sentados. Antonov, que ponía sobre el fuego la pequeña marmita en la cual cocían bizcochos y grasa. Idanov, que, tan soñador como siempre, removía las cenizas con una varita, y á su lado Tchikin con su pipa siempre apagada. Los demás se preparaban ya al descanso, unos bajo los armenes, otros sobre el heno, otros, en fin, al lado de la hoguera. A la débil luz que producían los carbones, distinguí espaldas, piernas, caras conocidas. Al lado de la hoguera se hallaba la marmita que, no obstante el fuego, parecía dormida. Antonov hizome sitio, sentéme á su lado y encendí un pitillo. El olor del humo y la niebla del bosque esparcíanse en el ambiente, picando los ojos, mientras la humedad caía del oscuro cielo. Cerca de nosotros se oían ronquidos regulares y el crugido de las ramas en el fuego; conversaciones en voz baja y de vez en cuando el *cli-cla* de las armas de la infantería. Por todas partes estaban encendidas hogueras, rodeadas por la sombra negra de los soldados. En las más próximas se veía con claridad á los soldados que, medio desnudos y junto á las llamas, se preparaban para dormir.

En el espacio de unas quince *sagenas* á la redonda, los hombres que no dormían holgaban y charlaban. Pero todo aquel movimiento parecía como aquietado por el misterioso silencio de la noche oscura. Parecía como si todos, conscientes de aquel sublime efecto, temieran romper su tranquila armonía.

Cuando comencé á hablar observé que mi voz tenía otro timbre; la misma impresión se leía en el semblante de los soldados que



rodeaban el fuego. Creí que antes de mi llegada hablaban del compañero herido, pero no era así. Tchikin describía la recepción de víveres en Tiflis, echándose de ver el tacto especial de los soldados en general, pero muy especialmente los del Cáucaso, que tienen de callar ante el peligro y evitar cuanto pueda causar mal efecto en el ánimo de los compañeros.

El pueblo ruso no se deja impulsar por el entusiasmo como ocurre en los países meridionales que con igual rapidez arden ó se enfrían. Es tan difícil inflamar al pueblo ruso como hacerle perder su valor. No necesita de grandes efectos, ni de discursos, ni de gritos guerreros, ni de canciones, ni nada; exige por el contrario,

mucha tranquilidad, orden y abstenerse de toda excitación. En el verdadero soldado ruso no se encuentra el tipo petulante ó fanfarrón, orgulloso, con el deseo temerario de exponerse y de luchar ante el peligro, sino más bien la modestia, la simplicidad y el miedo de hallar en la exposición otra cosa que el peligro mismo; éstos son los caracteres que le distinguen.

Yo he visto á un soldado herido en la pierna, que lo que más lamentaba fué el que le hubiesen roto los pantalones de piel de cordero que llevaba; á un guía que, después de haberle muerto el caballo que montaba, le desató la cincha para guardar el aparejo. Quién no recuerda el caso del sitio de Guerguebel, cuando en el laboratorio se inflamó el tubo de una bomba cargada? El oficial dió orden á dos soldados que cogieran la bomba y corriesen á tirarla á un barranco, pero no la dejaron en el sitio más próximo porque allí estaba la tienda del coronel y lleváronla más lejos, por no despertar á los jefes que dormían; entre tanto estalló la bomba y los dos fueron hechos pedazos. Todavía recuerdo que en 1852 hallándome en el destacamento, no sé por qué, un soldado dijo durante el combate que parecía que la sección no saldría viva de él, y todos se le echaron encima sufriendo las iras de sus compañeros por una frase que no querían oír. Ahora mismo, cuando en el alma de cada uno debía hallarse el pensamiento de Valentchuk, cuando de un momento á otro podía llegar una descarga de los tártaros, todos escuchaban la grotesca historia de Tchikin sin que nadie recordase el combate último, ni el peligro inminente, ni el herido, como si todos esos hechos hubiesen acontecido en remotos tiempos, Dios sabe cuándo, ó no hubiesen ocurrido nunca. Sin embargo, me pareció que su semblante era más sombrío que de ordinario, que no escuchaban con gran atención el relato de Tchikin, y que él mismo no pretendía hacerse escuchar, sino pasar el tiempo. Maximov se aproximó á la hoguera y sentóse cerca de mí. Tchikin le hizo puesto, calló y quedó extasiado contemplando el humo de su pipa.



XIV

El campamento se duerme...

HABÉIS enviado los ordenanzas al campo para que nos traigan aguardiente?—preguntó Maximov tras un largo silencio.—El sub-teniente dice haber visto al nuestro...

—Qué! Vive todavía?—preguntó Antonov revolviendo la marmita.

—No, ha muerto.

El recluta levantó su cabecita blanca con gorro rojo y mirando rápidamente unas veces á Maximov y otras veces á mí, bajó nuevamente la cabeza y se envolvió en su manta.

—Por algo le buscaba la muerte cuando esta mañana le desperté en el parque,—dijo Antonov.

—Son tontadas!—dijo Idanov volviendo de lado un gran tarugo que despedía tufo. Todos callaron.

En medio del silencio general oyóse un disparo detrás de nosotros en dirección al campo. Nuestros tambores hicieron la señal y tocaron retreta. Cuando hubo cesado el último redoble, Idanov se levantó de un salto y quitóse el gorro. Todos le imitamos.

En medio del silencio profundo de la noche oyóse un coro armonioso de fuertes voces que decía:

«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga á nos el tu reino; no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal. Amen».